

Vivencias y recuerdos como educadora

Aída Sánchez Sención

Licenciada en Educación Preescolar. Directora de Jardín de Niños 655 “Plan de Guadalupe” de Tlajomulco de Zuñiga, Jalisco. aida.la@hotmail.com

Era el año 1994 cuando egresé de la Escuela Normal para Educadoras de Guadalajara (ENEG), con todo el entusiasmo y energía que tienen los estudiantes con un título como Educadora; autosuficiente para estar al frente de un grupo de alumnos en etapa preescolar; había logrado llegar a la meta anhelada y en ese mismo año inicié desempeñando la docencia en una comunidad apartada de la ciudad, a dos horas de camino utilizando el camión como transporte, era la costumbre en ese tiempo que los recién egresados nos mandaban a lugares lejanos, justo ahora lo recuerdo como una experiencia significativa.

Me formaron maestros y maestras con una corriente humanista y pedagógica, entre otras cosas, una maestra nos decía, *ustedes son una jardinera y los niños unas plantitas que los tienen que regar con amor y así ellos van aprender y crecer en conocimientos que necesiten para el jardín de su vida*; palabras que recuerdo con gran cariño, ella nos impartía la materia Laboratorio de docencia y, por cierto, mi anillo de graduación de la Licenciatura en Educación Preescolar tiene una jardinera regando unas flores.

Friedrich Fröebel, pedagogo Alemán, creador de la educación preescolar partía de la naturaleza del hombre donde los alumnos se desarrollan a través de ejercicios, juegos y cantos al aire libre, creador del primer jardín de infancia, este fue un referente, además de los otros autores, pero también ayudó a formarme en una pedagogía que nos visualiza como una jardinera que riega y guía al educando respetando con sus formas de aprender, de esta visión me apropie, principalmente tratando a los niños con respeto y dignidad considerando, además, al docente activo en su profesión.

En ese mismo año de mi egreso de la ENEG ya tenía un grupo escolar a mi cargo, los sentimientos eran haber logrado lo que había perseguido, en el aula observaba a los alumnos con sus formas de ser y de aprender, tenían entusiasmo al asistir a clases, lo consideraba como un grupo tranquilo, podíamos dialogar y tener conversaciones durante el trabajo, tomaban materiales didácticos con orden, en sus expresiones se notaba que les gustaba la escuela. Una fecha importante tradicional que recuerdo con gran significado “El Día de Muertos” festividad que se organizó con padres de familia, ellos llevaron adornos y objetos para el altar, ahí entendí el gran apoyo que representan para sus hijos durante los años de preescolar, comunicación asertiva que fui desarrollando con ellos para apoyar los procesos educativos.

El trabajo del aula se desarrolla en un ambiente pedagógico, con diversidad de estilos de aprendizajes de los alumnos, características diferentes en capacidades, en ello el maestro utiliza diversas metodologías, las más acordes a las necesidades e intereses de ellos. Y en lo que se coincide año tras año, generación tras generación de cada grupo son las similitudes de sus necesidades que tienen alumnos y padres de familia, sus formas para expresar situaciones personales emocionales donde sus hijos viven día a día en sus hogares y contextos, es ahí donde entra nuestro amor a la vocación y se consolida porque ya no eres tu sola, sino *tu deber ser en ayudar a los demás*, conocerlos, saber de dónde vienen y por qué se manifiestan de tal forma, es ahí donde llevamos a cabo las estrategias con un fin, al educando lo ponemos en el centro del proceso enseñanza-aprendizaje, pero debemos ir más allá, se requiere trabajar con su estado emocional, momento para recordar a la jardinera que cuida y riega, que pone a las plantas como centro de sus pensamientos, al enseñar y ser facilitadora de aprendizajes.

Tengo presente una experiencia durante los primeros años como educadora con un alumno, situación que sucedió hace más de una década, quien me expresó: “mi mamá me regaló con mi abuela”, mostraba necesidad de atención personal, requería apoyo, estar en continua observación y su abuela (que era su tutora) se acercaba a mí con la misma necesidad de apoyo, orientación para la situación de su nieto,

quien decía que necesitaba ayuda por lo que estaban viviendo; cierto día entró al salón corriendo, me dijo que había llegado de un paseo junto con su familia, traía en su mano un llavero con una imagen religiosa y me dice –“maestra es para ti, te lo traje de México”– ese regalo ha sido de los más significativos y aun lo conservo, cada vez que lo tengo en mi mano recuerdo su sonrisa, la manera de convivir con sus compañeros y el baile que realizó en el festival en el que participó, ese objeto ha llegado a ser la llave que ha conducido mi vida, mi camino, como cada vez que salgo a desempeñar mi función docente, sin dejar en ningún momento de perder de vista al ser humano con el que se convive y se aprende.

El amor a la vocación por ser educadora, se da en un salón de clases, porque es ahí donde a partir de situaciones vas conociendo las necesidades que tienen los seres humanos, los conocimientos se van adquiriendo con cada experiencia que se vive, pero hablar de un desarrollo socioemocional, es mirar la parte interna del otro, entender ¿cómo se siente?, ¿qué necesita para estar feliz? Y cuantas veces decimos que sólo son las actividades educativas, los juegos, los cantos, la convivencia con sus compañeros, el juego libre del recreo, pero un aspecto importante significativo es el ser escuchado, respetado y valorado por lo que es.

Nuestra razón de ser un docente, maestro, profesor o educadora, como nos llamen nuestros alumnos y padres de familia en la cotidianidad de la enseñanza, se va convirtiendo en ayudar a los demás, dando servicio en el compañerismo de la comunidad educativa. ¡Y la escuela!, termina siendo el espacio donde se cumple la misión de amor a la docencia de cada día y durante todo el ciclo escolar. La vida de uno mismo termina girando en la entrega de ayudar con las necesidades y la empatía del otro, cumpliéndolo así con los años de servicio que ya tengo y que volvería a elegir esta hermosa profesión de grandes satisfacciones, mi experiencia de docente a directivo ahora ha cambiado pero mi esencia sigue siendo la misma: amar mi profesión.